



LA MONTAÑA DE ORO EN CHINA.

El Kin-chan, ó la montaña de oro, se eleva un poco al Oeste de la ciudad de Tchein Kiang-fo, que se halla al Este de Nan King. Hé aquí los detalles que, acerca de esta célebre montaña, se encuentran en la *Geografía general de la China*, segunda edición, lib. 62, fol. 8.

La montaña de oro se halla situada en medio del gran río Kiang, á 7 lis (7 décimas de legua) al Noroeste de Tan-tou-hien, ciudad de tercer orden, bajo la dinastía de los Long, en el quinto año del período de Ta-tchong-tsiang-fau (en 1012), subió el emperador Tching-song, que se paseaba sobre esta montaña, y le dió el nombre que lleva hoy; suele llamársela también Feou-gu, es decir *Jaspe flotante*, se lee en los opúsculos de Tcheou-pi: «Esta montaña se vé circundada por el mar: cuando sopla el viento con violencia por todos lados, se creería que se conmueve y que va á cambiar de sitio.» Tal es la razón de que se la haya llamado Feou-yu (*Jaspe flotante*.) A 20 lis (2 leguas) al Sud de la ciudad de Tchin-kiang-fo, hay una montaña de forma prolongada que se eleva al Noroeste; se la da el nombre de Ou-tcheou-chan; se extiende hasta la bahía de Bia-pi-fou, y allí penetra en el río Kiang; después vuelve á elevarse bruscamente y forma la montaña de oro. Los puntos mas elevados de esta montaña se llaman Kin-so-fong (pico de una altura prodigiosa). Al Este se elevan las cimas llamadas Ji-tchao-yeu (cima iluminada por el sol); Kin-yu-yeu (cima de oro y de jaspe); Mias-tong-yeu (cima de la gruta maravillosa). Se distingue además la gruta denominada Tchao-yang-tong (ó gruta vuelta al Mediodía), y Long-tong (gruta del Dragon). Al Oeste, se alza la cima de Theou-tho (nombre de un general célebre en el sétimo siglo; y además la gruta del general) Fei-kong. Al Norte, se encuentra la gruta de los Ropages blancos (Pe-i-tong), y la gruta de las Nubes voladoras (Fei-yun-tong). Al pié oriental de la montaña, se vé la piedra de la Longevidad, la roca de la Fidelidad (Sin-ki), y la escarpadura de la Intelligencia (Khis-an). Al Norte de la montaña en medio del río Kiang, hay una roca denominada Men-lau-chi; al Este de la montaña, en medio del mismo

río, se eleva el monte Kouo-chan (ó monte del Gavilán), y el monte Che-pi-chan, en el que se halla la tumba del célebre comentador Kouo-pou. En frente del monte Che-pi-chan se alza el monte Pi-kia-chan, llamado también Sau-chan-chi, ó Peñasco de los tres picos contiguos.

Bajo la actual dinastía, el emperador Khang-hi, al visitar las provincias del Mediodía en el año cuadrigésimo segundo de su reinado (en 1703), compuso (con el tema del monte de oro) una inscripción intitulada: *Kiang-thien-tan*, es decir, una vista del cielo (pais) del Kiang, y escribiendo las tres palabras *Song-fong-chi* (roca de los pinos y de los vientos) sobre la cima llamada Si-tchao-yeu (cima iluminada por el sol), y las dos palabras *Yun-fong*, pico de las nubes) en la gruta Tchao-yang-tong (caverna vuelta hacia el Mediodía.)

El Emperador Kiang-long, visitando el Mediodía en el décimo sexto año de su reinado (1731), hizo construir un palacio en lo alto de esta montaña, y escribió una composición en verso intitulada: *Thou-teng-kin-chan-chi* (es decir, versos escritos después de haber subido por la vez primera al monte Kin-chan, ó monte de oro) y otra composición titulada: *Ten-kin-chanta-tiny-chi* (versos escritos después de haber subido á la cima de la pagoda del Kin-chau, ó monte de oro).

CREACION DE LA ORDEN DE LA BANDA.

(Conclusion.)

—El caballero de la Banda que hiriese á otro de la Orden sobre enojo y rencilla no entraria en palacio en un año, y estaria preso la mitad de este tiempo.—Ningun caballero de la Banda que tocase justicia por el rey en la corte ó fuera de ella podria ajusticiar á ningun caballero de la Banda, sino prenderle y remitirle al rey.—Yendo el rey á la guerra

irían con él todos los caballeros de la Banda, y puestos en el campo se juntarían bajo una bandera, y estarían y peleaban á una; de lo contrario perderían un año de sueldo y andarían otro año con media banda.—Ningun caballero de la Banda sería usado de ir á guerra si no fuese de moros; si en alguna otra se hallase quedaría por entonces sin la banda, y si pelease en favor de otro que el rey, la perdería.—Todos los caballeros de la Banda debían juntarse tres veces al año donde el rey mandase, y estas juntas serían en abril, setiembre y navidad para hacer alarde de sus armas y caballos, y tratar de asuntos de la Orden.—Debían todos los caballeros de la Banda torrear por lo menos dos veces en el año, justar cuatro, jugar cañas seis, y tener carreras todas las semanas; el que fuese negligente en ir á estos ejercicios militares ó mostrase poco arte en ellos, andaría un mes sin banda y otro sin espada.—Estaban asimismo obligados dentro de los ocho días que llegase el rey á algun lugar, á poner tela para justar y carteles para torrear; y además de esto debían tener un maestro y escuela á donde fuesen á esgrimir y á jugar de puñal y espada, so pena que el negligente en esto fuese arrestado en su posada y privado de media banda.—Ninguno de esta Orden había de estar en la corte sin servir á alguna dama, no para deshonrarla, sino para festejarla ó casarse con ella; y cuando saliese fuera debía acompañarla como ella quisiese, á pie ó á caballo, llevando quitada la caperuza y haciendo la mesura con la rodilla.—Debía también, cuando supiese que en torno de diez leguas de la corte se hacían justas ó torneos, ir á justar y á torrear, so pena de andar un mes sin espada y otro tanto sin banda.—Si algun caballero de la Banda se casase veinte leguas en torno de la corte, todos los demás irían con él al rey á pedirle alguna merced, y despues le acompañarían todos hasta donde se había de casar, para hacer allí algun honroso ejercicio de caballería, y ofrecer alguna presea á su esposa.—Todos los primeros domingos de cada mes irían juntos á palacio y muy bien ataviados los caballeros de la Banda, y allí en el patio, ó en la sala real, delante del rey y de toda su corte jugarían de todas armas dos á dos, de manera que no se fitiesen.—Tornearían treinta con treinta, y esto con espadas romas y sin filo, y tocando las trompetas arretarían juntos, y en sonando el añafil se retirarían todos, so pena de no entrar mas en torneo y de no ir un mes á palacio.—En la justa no debían correrse mas de cada cuatro carreras; los jóvenes debían ser cuatro caballeros, y el que en cuatro carreras no quebrase lanza, pagaría todo lo que costase la tela.—Al tiempo que falleciese algun caballero de la Banda le irían todos á ayudar á bien morir, y despues irían á enterrarlo, y se vestirían todos de negro un mes, y no justarian en otros tres.—Dos días despues de enterrado el caballero de la Banda se juntarian todos los otros caballeros de la Orden, é irían al rey, lo uno á darle la banda del muerto, y lo otro á suplicarle recibiese en su lugar algun hijo grande de él, é hiziese alguna merced á su mujer para sustentarse y casar sus hijas.

Estas eran las obligaciones que contraían los individuos del cuerpo de la Banda, algunas de las cuales nos parecerán ridiculas hoy dia; mas en aquellos tiempos en que las prendas de un buen caballero participaban de todas las virtudes públicas y domésticas, de todo el atractivo de la honradez, elegancia y cortesania, no lo eran de modo alguno. Otra observacion nos sugerirá la lectura de tan peregrinas constituciones: que mientras en las famosas órdenes de Santiago, Alcántara y Calatrava se prescribía como en recuerdo de su antiguo origen y por medio de los votos que hacían sus candidatos, un régimen de vida monástico hasta cierto punto, la de la Banda solamente compendiala los deberes que en aquella época eran propios de toda persona distinguida, y por lo tanto podía llamarse esencialmente caballeresca. ¿Hay algo mas delicado que las consideraciones que se mandan tener con el bello sexo, y la prescripcion de que todo caballero tuviese una dama á quien servir, la acompañase con muestras del mayor respeto, y no la galantease sino con el honesto fin de merecer su mano? En medio de la grossera sencillez que descubren las costumbres de aquellos siglos ¿no denota este solo rasgo que la mujer ha gozado siempre en nuestra sociedad de una especie de culto que nunca podrá alcanzar con la quimérica emancipacion de la filosofia moderna?

Pero volviendo á los sucesos que nos hemos propuesto referir: cuenta la crónica que como fuese el rey don Alfonso de muy nobles acciones, y procurase honrar en todo su

dignidad, determinó coronarse, armarse á sí propio caballero, y dispensar luego este honor á los ricos hombres, infanzones ó hidalgos de sus reinos; á cuyo efecto mandó que concurriesen todos en dia señalado á la ciudad de Burgos. Hallábase á la sazón en este punto; y para dar tiempo á que acudiesen al llamamiento, se encaminó en romería á Santiago con el designio de visitar el cuerpo del santo apóstol, y recibir de él la orden de caballería: resolución digna de su grande espíritu, y prueba de lo arraigada que estaba la fe aun en los corazones menos supersticiosos. Llegado que hubo á aquella ciudad, en la que entró á pie por mas humildad y devocion, fué en derecha á la Iglesia, donde pasó toda la noche velando sus armas, que estaban puestas sobre el altar del santo. Al amanecer el arzobispo de Santiago don Juan de Limia, le dijo misa; y bendiciéndole las armas, el gambax ó sobreveste, la lorica, los quijotes y canilleras, los zapatos de hierro, y por fin la espada, púsose el mismo rey sin que le ayudasen nadie; y por último llegándose á la imagen de Santiago y acercando el rostro, recibió la pescozada. Era indispensable todo este ceremonial para quedar armado caballero; por otra parte la dignidad del soberano no permitía que pudiese tocarle nadie, sino el santo patron de España, caballero y alférez mayor de Jesucristo, y alférez mayor del pendon de Castilla y de Leon, como entonces se le llamaba.

Hecho esto, tomó don Alfonso la vuelta de Burgos, donde encontró ya muchos caballeros de los que había citado, y mientras iban llegando los restantes, mandó que se pudiesen dos tablados para justar, además de los que con el mismo fin había en diversas partes de la poblacion. En cada uno de aquellos estaban cuatro caballeros de la Banda para mantener la justa contra todo el que quisiese lidiar con ellos; y pasando entonces por Burgos muchos extranjeros que iban en romería á Santiago, se los invitaba á tomar parte en la fiesta, á lo que accedían los mas con el deseo de lucir su gallardía y denuedo. De este modo al estímulo del amor propio se añadía el espíritu de patriotismo, y á la humillacion de quedar vencido, el público desdoro de serlo por un desconocido en quien á veces se hallaría un ilustre personaje y á veces un oscuro aventurero. El mismo rey que se complacía extraordinariamente, y aun solia mezclarse en estas diversiones, no obstante lo poligrasas que eran, tenía mandado que en todos los pueblos inmediatos á Burgos á donde iba frecuentemente, hubiese tablas para justar, y prevencion suficiente de armas y de todo aquello que para el caso se requeria.

Llegó el dia de la coronacion, y la ciudad toda, llena de innumerables gentes, así del pueblo como de la nobleza y clero, anunció desde muy temprano la solemne fiesta que se preparaba. El rey se trasladó desde la habitacion del obispo de Burgos á sus casas de las Huelgas, en cuyo monasterio debía verificarse segun costumbre la ceremonia; y á la hora señalada se dirigió á la Iglesia á caballo, rodeado de toda la grandeza de sus reinos y de todos los caballeros que habían venido á la fiesta de la coronacion, los cuales caminaban á pie formando un acompañamiento no menos brillante que numeroso. La crónica ya citada describe prolijamente la magnificencia del vestido del rey y la riqueza de las guarniciones de su caballo; admirable profusion de gusto y suntuosidad en unos tiempos tan incultos aun y desasosegados, en que afortunadamente los representantes de la real estirpe se mostraban superiores á la ilustracion general, como lo habían sido antes á los golpes del infortunio.

El rey sentado en el trono, y al lado su esposa Doña María, oyeron la misa que dijo el mencionado arzobispo de Santiago en presencia de otros varios prebados vestidos de pontifical. Al ofertorio, dejando los reyes sus asientos, subieron al altar y se arrodillaron: el arzobispo ungió al rey en el hombro derecho y hendió las dos coronas que estaban sobre el altar, las cuales tomó D. Alfonso, poniéndose la una al mismo y colocando la otra sobre las sienes de su esposa. Ambos siguieron en aquella humilde actitud hasta la elevacion, y concluida esta, volvieron á sus puestos y permanecieron en ellos hasta el fin de la misa sin quitarse las coronas. Era un espectáculo interesante ver asegurada en las sienes de aquel monarca la diadema que en su niñez había sido el juguete de ambiciosos y descontentos: al carácter que supo mostrar apenas tomó las riendas del gobierno, el rigor, tan necesario entonces, con que trató á los mas indómitos y revoltosos, y las continuas empresas en que tuvo ocupados á sus vasallos, libraron al

trono de los peligros que le amenazaban, y retrajeron de sus siniestros propósitos á la turbulenta aristocracia, causa muy principal de los quebrantos que se padecían.

En celebridad de tan fausto suceso, hubo aquel día juegos de lanzas y bohordos, y todos los demás regocijos que en tales casos y en tales tiempos se acostumbraban. Al siguiente armó el rey caballeros con grandes ceremonias y aparato, á los principales ricos hombres é hidalgos de su reino, los cuales comunicaron luego este honor á un número determinado de nobles, cada cual según su poder y categoría. Todas estas novedades, pues así podían llamarse (dado que de tiempo atrás no dispensaban los reyes la honra de caballería, y por esto trató D. Alonso de restablecerla), todas estas novedades fueron acompañadas de funciones y regocijos militares en que los ánimos se habituaban á los peligros y estruendo de la guerra, y se disponían á grandes empresas y heroicos hechos; y en todas estas escenas desempeñaron el principal papel los caballeros de la banda.

La historia no vuelve á hacer mención de la nueva Orden hasta el año de 1333, en que algunos suponen, acaso con fundamento, que experimentó alguna reforma, y aun dan por seguro que entonces formó el rey D. Alonso los estatutos que ya hemos visto. Lo cierto es que en el citado año, hallándose el mismo rey en Valladolid, se verificó un famoso torneo, exclusivamente sostenido por los caballeros de la Banda contra los llamados de la ventura que quisieron entrar en él. Hallóse entre los mantenedores el propio D. Alfonso, aunque encubierto, por no quitar la libertad que debía reinar, y si hemos de creer lo que la historia dice, hubo encuentros muy reñidos, y heridas y pesados golpes, de que cupo al monarca alguna parte, despartiendo por último sí que los fieles supiesen á quiénes adjudicar el lauro de la victoria.

Otro torneo semejante tuvo lugar en Burgos el lunes de pascua del año 1335 con motivo de varias ordenanzas que mandó promulgar el rey relativas á la administración de justicia, y á la moderación en el vestir, pues el demasialujo empobrecía las casas y daba ocasión á vicios y abusos vituperables. Con el tiempo fueron entregándose también al olvido estas diversiones, ó por lo menos no ofrecieron tanto interés; bien es verdad que las circunstancias, cada vez más complicadas, eran poco á propósito para semejantes entretenimientos, á no ser en alguna ocasión memorable, ó cuando naturalmente hallaban placer en ellos los reyes ó sus favoritos. Así en 1356 celebró uno en Tordesillas el rey D. Pedro; posteriormente no hallamos mención de importancia hasta el largo reinado de D. Juan II en que el carácter enérgico y caballeresco de D. Alvaro de Luna reprodujo en la corte estos espectáculos, ya al paso por Valladolid de la infanta de Aragón doña Leonor, que iba á desposarse á Portugal, ya en las cortes de Madrid de 1443, ya finalmente en las justas que se hicieron en Valladolid por el casamiento de D. Enrique IV, siendo príncipe todavía; fiestas de triste memoria por las desgracias que produjeron. Por último, en el reinado de este D. Enrique se tuvo un famoso torneo entre Madrid y el Pardo, del cual fué mantenedor el privado D. Beltrán de la Cueva, con grande escándalo del pueblo que le vió derramar á manos llenas el oro que debía á la liberalidad del soberano.

En todos estos festejos, prescindiendo de los que los estatutos les prevenían, tomaron más ó menos parte los caballeros de la Banda, y por lo tanto no puede ponerse en duda la existencia de la Orden á mediados del siglo XV; sin embargo, no es fácil averiguar cuándo comenzase á perder el valor que se la daba generalmente; por el contrario Juan I, según el testimonio de Garibay, no halló obsequio más honorífico para los caballeros que vinieron á Castilla con el emperador Segismundo, que la concesión de de la citada Banda; y del escudo que dejamos copiado en el sello de D. Juan II, se deduce que aun en tiempos de este monarca era insignia de grande estima. Después experimentó esta institución la suerte que corren todas, y así el historiador Mariana nos dice que en sus días no se conservaba de ella rastro ni señal alguna.

Lo propio puede decirse de las costumbres á organización de nuestros antiguos pueblos, lo propio de la mayor parte de los linajes que los habitaban y ennoblecían. ¿Qué traslado nos queda de aquellos ilustres héroes, origen de la sociedad que fué más adelante el usombró y modelo de la Europa? Algunos han sobrevivido al trastorno universal

perpetuando sus nombres en su descendencia; la mayor parte vieronirse menguando su fama en sus sucesores, los cuales yacen hoy día confundidos y despreciados aun entre el vulgo. Podríamos anotar aquí los nombres de los ilustres personajes que componían la orden de la Banda si no temiéramos ser molestos; en su número se hallaban comprendidos además del rey los infantes y otros nobles cuyos mayorazgos subsisten todavía, caballeros tan principales como Pedro Fernandez de Castro, apellidado *de la Guerra*, sin duda por sus proezas, padre que fué de Doña Juana de Castro, esposa momentánea del rey D. Pedro; Alfonso Fernandez Coronel, Alvar Garcia de Albornoz, Garcí Jofre Tenorio, Pedro Trillo, Juan Rodriguez de Villegas, Mendo Rodriguez de Biezma, Juan de Cerejuela, Juan Fernandez de Bahamonde, Gil de Quintana, Juan Rodriguez de Cisneros, Inigo Lopez de Orozco, y muchos más cuyos apellidos eran de casas ilustres y poderosas, que figuraban al lado de las de la primera nobleza. «Hay ahora en España, dice el ilustrísimo Guevara haciendo estas mismas reflexiones, otros linajes que son Velascos, Manriques, Enríquez, Pimentales, Mendozas, Córdovas, Pachecos, Zúñigas, Fajardos, Aguilares... Carvajales, Sotomayores, y Benavides... Es de creer que de aquellos linajes antiguos haya ahora tantos descendientes que son nobles y virtuosos, á los cuales como los vemos tener poco y poder poco, tendríamos por mejor callarlos que nombrarlos.

Esta degradación querría quizá evitar también D. Alfonso XI al instituir la orden de la Banda, abriendo una escena en que pudiesen conquistar gloria y aplausos aquellos á quienes la suerte había negado las ventajas de la primogenitura; pero se dejó engañar de su buen daseo. Esta inconstancia de prosperidad y cambio recíproco de gerarquías estan en los principios inmutables de la naturaleza, porque ni los individuos ni las familias pueden perpetuar en sus vínculos las favores de la fortuna; las naciones parecen que los tronos se hunden en el abismo de la nada; se corrompen las generaciones y desaparecen de la tierra, y todo vive espuesto á esa inmensa serie de vicisitudes sin la cual caducarian el progreso y perfeccion del mundo.

CAYETANO ROSELL.

DEL ESTADO QUE ALCANZAN LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS EN ESPAÑA, Y APUNTES CRÍTICOS SOBRE LAS OBRAS DE ESTE GÉNERO NUEVAMENTE PUBLICADAS.

ART. III.

(Conclusión.)

Ya á principios del año pasado de 1848, un jóven poeta con cuya generosa amistad nos honramos, hizo algo á invitación nuestra por popularizar este recuerdo. El señor don Nicasio Camilo Jover, quien es el poeta á que nos referimos, daba entonces su última mano á *las Glorias de España* notable colección de poesías destinadas á hacer comunes embellecidos con las galas de la imaginación y de la armonía, los hechos históricos y los caracteres más grandes que haya presentado nuestra nación en todos los siglos. Acaso nuestras ardientes escitaciones no fueron inútiles para inspirarle una improvisación brillante y enérgica que debe contarse entre los mejores poemas de la colección. Pero el eco de una voz jóven todavía, ni el reducido campo de una poesía, bastaban para poner en su justo lugar el carácter profundamente original y maravillosamente heroico de los Almogábares. Tal empresa estaba reservada para tal escritor como el señor Calderon. En el espacio señalado por el gobierno á su historia de la Infantería no pueden acaso comprenderse otras acciones que las ejecutadas desde el tiempo de los Señores Reyes Católicos; la escepcion de esta regla en favor de los algomgábares era sin embargo un deber nacional y literario y el señor Calderon ha sabido cumplirlo. De hoy más la figura siniestra pero magestuosa del algomgábar, aparecerá con claridad en nuestra historia: la avidéz con que se han leído los números de la *Revista Militar* en que ha visto la luz ese capítulo promete también mayor popularidad á su recuerdo.

Distinguese el señor Calderon como historjador por la

fuerza y clasicismo de su estilo: su historia es la historia *estética*, ó acaso mejor dicho de *representación* que señalamos en nuestro primer artículo como la más conveniente para España en las condiciones actuales de nuestra civilización. Si esta escuela deba preferirse en nuestra opinión á las escuelas *psicológicas* en muchos casos, tratándose de una historia destinada á ofrecer grandes ejemplos al valor y mover el entusiasmo de los militares, parecemos que es punto incontestable.—Ver al almogabaz y admirarle es pasar los ojos por el diseño ó retrato que hace de ellos el señor Calderón. «De estatura aventajada, alcanzando grandes fuerzas, bien conformado de miembros, sin mas carnes que las convenientes para trabar y dar juego á aquella máquina colosal y por lo mismo ágil y ligero por estrecho, «cortado á todo trabajo y fatiga, rápido en la marcha, firme en la pelea, despreciador de la vida propia y así señor «despiadado de las agenas confiado en su esfuerzo personal y en su valor, y por lo mismo queriendo combatir al enemigo de cerca y brazo á brazo para satisfacer mas fácilmente su venganza, complaciéndose en herir y matar, el «solitario almogabaz ofrece á la mente un tipo de ferocidad guerrera que hace eclipsar la idea del falangista griego y del legionario romano. Su gesto feroz parecía «una horrible con el cabello copioso y revuelto que oscurecía sus sienes: los músculos desiguales y fúrgidos se enroscaban por aquellos brazos y pechos como si las sierpes «de Laocónto hubieran querido venir á dar mas poder y «ferocidad á aquellos atletas despiadados. Su traje era la «horrible mezcla de la rusticidad goda y de la dureza de los «siglos medios: abarcas envolvían sus pies y pieles de las «bieras mataban en el bosque le servían de antiparas en las «apiernas: una red de hierro cubriéndole la cabeza y bajándole «en forma de sayo como las antiguas capelinas, le prestaba «la defensa que á la demás tropa ofrecían el casco, la coraza y las grevas: el escudo y la adarga jamás la usaron «como si en su ímpetu sangriento buscasen mas la herida «y la muerte del enemigo que la defensa propia: no llevaban «mas armas que la espada, que á bajaba del hombro de «una rústica correa ó se ajustaba el talle con un ancho tablarde y un chuzo pequeño á manera del que despues «usaron los alféreces de nuestra infantería en los torcidos del «siglo XVI; la mayor parte llevaba en la mano dos ó tres «ardas arañadas ó macanas, que por la descripción que «de ellos se hace se recuerda al punto el terrible *pilum* de «los romanos: ni los desembrababan y arrojaban con «menos acierto ni menos pujanza: bardas, escudos y armaduras «todas las traspasaban hasta salir la punta por la parte «posterior. En el zurrón ó espuero que llevaban á la espalda «ponían el pan único menester que necesitaban en sus «expediciones, pues el campo les prestaba yerbas y agua si «no llegaban al término de ellas, ó en las ciudades y reales «cuarteles encontraban despues largamente todo género «de manjares.—El rio mas caudaloso lo pasaban á nado, «ni el rigor de la escarcha ó hielo, ni el ardor del sol mas «rigoroso, hacían mella en aquellos cuerpos endurecidos: «la jornada mas dilatada y áspera era obra de pocas horas «para ellos; y diestrisimos en la lal, cautes cuando convenia, «silenciosos á veces para ser mas horribles en su alarido «llegado el caso, escosivos en sus saltos, muy ágiles en sus «movimientos, y por consiguiente clarísimos en los asaltos «ó interceptas jamás hallaron obstáculo ni imposibilidad, «ya marchasen, ya asaltasen ó combatesen ciudades ó castillos.—Sus banderas y estandartes eran los de Aragón y «Sicilia: su grito de guerra el mas siniestramente elocuyente «que pudo imaginar la ferocidad del soldado. Tal grito «alzando el hierro contra el hierro ó contra la tierra era decir: ««¡hierro, hierro despiértate y ya toda misericordia estaba por ««demas.»

De intento hemos copiado todo este párrafo que puede darse como acabado modelo en la forma que hemos llamado de *representación*. En esto está el mayor mérito del señor Calderón. Mas no por ello ha de pensarse sino que pone tambien los hechos truncados ó doblados en toda su exactitud y verdad. Así deja ya sentado como cosa indudable el origen y naturaleza de los almogabazs; así en otro capítulo que tambien se ha publicado de su historia, revela toda la fuerza de inteligencia y de ánimo que hubo de emplear Gonzalo de Córdoba en la trabajosa y desigual campaña del Liró ó Garelana. Y rovarar decimos, porque en verdad, las relaciones incompletas y encontradas de Pulgar, Paulo Jovio y Guicciardini, copiados ó seguidos sin reflexión por

escritores modernos, dejaban en oscuridad profunda la razón de aquella memorable victoria, dándole solamente al general español, la gloria que nunca suele negarse al favorecido de la fortuna. Ya el *gran* Quintana, en sus biografías de célebres varones castellanos (trabajo histórico de altos quilates por cierto), declaró al terminar la relación de esta campaña del Garelana que si otras victorias pueden atribuirse á la fortuna, aquella era «enteramente debida á la capacidad del gran capitán que entonces llenó toda la extensión de este renombre». Pero el cuadro que trazo este autor de aquellos sucesos, aunque insuperable en dotes de concisión y de verdad, no pudo contener de sobrado estrecho todo lo que se necesitaba decir y relatar para dejar asentado; que en el Gran Capitán se reunían las grandes inspiraciones del Genio de nuestro siglo con las prendas de previsión y prudencia de los grandes generales de la antigüedad.» Palabras son estas últimas del señor Calderón: puede decirse que él ha realizado cuanto era de esperar en su alta reputación y cuanto la nación española pedía en este punto para mayor esclarecimiento de su fama.

Un ilustrado crítico de esta corte y varios periódicos extranjeros, entre ellos la *Revue des deux mondes*, se han ocupado ya de cierta obra histórica del duque de Rivas, donde cuenta y describe la insurrección napolitana que encabezó Tomás Aniello, comunmente llamado Masaniello, contra el dominio de España en Nápoles. Todos la han juzgado ventajosamente, y no seremos nosotros los que demos opinión contraria. El libro es digno de su autor: basta por todo encomio, ya que no sea posible que mas nos detengamos en estos apuntes críticos.—Pero obra que verdaderamente merecía largo espacio y sería atención de nuestra parte, y que deberá contarse por una de las mejores producciones de nuestro siglo, es la historia de la arquitectura española que acaba de publicar á costa del Estado el señor Caveda. Libro primero en su género; escrito con erudición copiosa, con gran criterio y conciencia, salpicado de profundas observaciones, con orden y claridad incontestables, conduciendo el ánimo apaciblemente desde las agrestes iglesias levantadas por los reyezuelos de Asturias, hasta las maravillas católicas de Toledo, de Bórgos y Sevilla, símbolos de grandes conquistas y de vasta podrida; llevándole despues á Córdoba, y de Córdoba á la Alhambra, emblemas fieles de las dinastías musulmicas que traxeron en bandos y flores el hierro de sus espadas, y cambiaron por airosos ajimeces y puntiagudos arcos equios, los torreones macizos y los castillos roqueros de los primeros tiempos de su dominación. Así el historiador Al-Katti se vanagloriaba torpemente de que en su tiempo no llevase ya el caballero de Granada ancha briga ni juda visera, sino mas bien airoso morrión y leve coraza: ya Vegoco nos pintó algo parecida en los siglos de la degradación romana, dejése allí tambien en las armas lo rudo por lo bello, lo pasado por lo gentil. La historia de la arquitectura representa mejor que ninguna otra esa ley terrible del progreso humano que hermana las grandes acciones con la infancia del arte y no deja para su perfección sino miseria y desvanecimiento.

El antiguo general y hombre político don Evaristo San Miguel ha terminado tambien la publicación de su historia del rey don Felipe II, escrita con imparcialidad casi siempre y hartó diferente en verdad de como parecia anunciarla los antecedentes y opiniones del autor. La verdadera religiosidad del Monarca que se ha llamado por ciertas escrituras hipocresía, la justicia del castigo aplicado al príncipe don Carlos que se ha solido calificar de asesinato, la persecución de Antonio Perez y otros tales sucesos desnaturalizados tanto por la pasión y el encono de los enemigos del gran rey, se encuentran relatados y aun juzgados con lealtad y justicia. En la parte militar suele mostrarse el autor entendido y hábil; aunque á la verdad no admitimos de modo alguno su manera de considerar á la infantería española, la razón de vencer que tenían aquellas falanges y otras circunstancias harto importantes sobre su composición y armamento. No podemos detenernos en este punto, pero estamos ciertos de que la *Historia de la Infantería Española* que se está escribiendo por orden del gobierno rectificará las equivocaciones que en nuestro sentir ha cometido el respetable general San Miguel en esta parte de su obra. Por lo demás la imparcialidad de que ha dado muestras al hablar del *demon de Midi*, dice mucho en favor de su conciencia. Mas hále faltado la forma: la brillante representa-

ción *estética* del señor Calderon: la profunda, clara y popular psicología del señor Pacheco para cotejar todos los hechos con los grandes principios de la inteligencia y de la voluntad. Su estilo de fácil degenera en trivial.

A todos estos trabajos importantes que dejamos mencionados, habremos de añadir dentro de poco, si no estamos equivocados, la *Historia de Fernando VII*, que escribe el académico don Antonio Benavides, escritor de nervioso y cáustico estilo, gran colorista, juez severo, que sabrá retratarnos con toda exactitud las flaquezas y desventuras de

aquel funesto reinado. La historia de los *Protestantes españoles*, por don Adolfo de Castro, de cuyo mérito dejamos hablado algo, y unos trabajos curiosos y concienzudos sobre el famoso *Don Juan de Austria*, y el no menos célebre cardenal *Jimenez de Cisneros*, en que se ocupan ó últimamente se han ocupado los jóvenes académicos de la Historia don Miguel Lafuente Alcántara y don José de Zaragoza, actual jefe superior político de la Corte.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

TIPOS ESPAÑOLES.



La Manola.

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

PROLOGO.

Que es indispensable aunque no lo parezca á algunos lectores.

CAPITULO I.

Flores y abrojos.

Hace cuatro años, cuando yo no contaba mas que diez y seis, residia en una capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso. Alejado del mundo por mi hermosa edad y por la situacion de aquel pais, cuando presenciaba un hecho de los que solo tienen lugar en otras poblaciones mas civilizadas ó mas populosas, creia que solamente observándolo y estudiándolo con detencion podria llegar á conocer perfectamente el mundo.

Sucedió, pues, hace cuatro años una cosa que, por las circunstancias que la acompañaron, tardará mucho en olvidarseme.

La audiencia de C... habia condenado á muerte á un foragido, y la sentencia debia ejecutarse en la poblacion donde yo residia. Como desde los principios de la guerra

civil no habia herido mi imaginacion un acontecimiento de esta naturaleza, renovóse en mí con mas ahínco la idea de estudiar, como antes dije, al mundo en el hombre, y á este en los terribles momentos en que se muestra tal como fué criado.

Tocó por casualidad á un oficial amigo mio la guardia de la cárcel el dia en que el sentenciado fué metido en capilla, y recuerdo perfectamente que me causó una impresion en alto grado dolorosa, ver que la multitud corria como á un festin al sitio donde levantaban el tablado, mientras que otros, en no menor número, se agolpaban con avidez á las puertas de la cárcel, atropellándose y disputándose el umbral, que pronto los sacerdotes y curiales mandaron despojar á los centinelas.

Y sin embargo, yo tambien corrí á ver el escalon, sobre el cual iba acaso á elevarse un alma al cielo, y tambien esperé con impaciencia la venida de la noche para ir á acompañar á mi amigo, como habiamos convenido.

Entonces, por fortuna, no acertaba á explicarme esta contradiccion en mis ideas; ahora por desgracia, sí. ¡Triste ventaja la que lleva el hombre al niño!

Cuando descorro el velo que en mi memoria envuelve los recuerdos de aquella feliz primavera de mi vida, siento un no sé qué, que me desvanece y me apesadumbra. Los tiernísimos recuerdos de la infancia, como huyendo los ardores del estío de la vida, acógense en la edad madura bajo las alas del corazon. Cada uno que de allí se arranca,

le arranca un suspiro, que no porque parezca dulce deja de ser en el fondo muy amargo.

¿Por qué elegiría la noche para contemplar á un moribundo? ¿Encontraba en mi mente alguna asimilación entre la noche y el aniquilamiento de nuestra raquítica materia?

Aun no había sonado la última campanada de las oraciones, y ya atravesaba yo, no sin terror secreto, el dilatado aunque modesto vestibulo de la cárcel de mi pueblo.

A la izquierda, conforme se entraba, había una reja cuadrangular cubierta por una cortina encarnada, á través de la cual se percibía el lúgubre resplandor de dos velas; pero nada se oía.—Nadie me dijo lo que allí debías pasaba, y sin embargo lo adviné, porque aquellas luces me causaron una especie de mareo.

En la pared de enfrente otra reja aun mayor que la primera daba paso á las prisiones, y arrodillados en el interior estaban los reos que no merecían gemir atados de pies y manos en el fondo de un calabozo. Pero así como aquel espectáculo me enternecía, recuerdo tambien que me horrorizó distinguir en la penumbra á dos ó tres de aquellos foragidos jugando los naipes, mientras sus compañeros rezaban y uno se encomendaba á Dios.—Ahora me parece que no iba muy errado al creer que podía estudiar el mundo en una cárcel.—Y sin embargo, yo era un niño.

Mi amigo me esperaba con ansia: aunque acostumbrado á ver morir en los campos de batalla, la muerte que da la justicia impresionaba en gran manera su corazón de soldado. El aparato lúgubre que allí se desplegaba le tenía, si no afligido, por lo menos triste y silencioso.

Como si fuera á cometer un crimen me acerqué temblando sobre la punta de los pies, á la reja de la capilla, hice un esfuerzo sobre mí mismo, y alcé por uno de sus extremos la cortina encarnada... Aun me parece que estoy viendo al infeliz reo, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza caída hácia atrás, y contestando por monosílabos á las piadosas reflexiones que el venerable ministro de Dios le dirigía. En el momento en que yo le miraba poseído de terror, pareció experimentar una contracción nerviosa. Estendió los brazos adelante, enderezó la cabeza, y sus ojos se encontraron con los míos...

Sin duda habría oído mis pasos... ¿Creeis que iban á sacarle ya para el patíbulo, ó á llevarle la revocación de su sentencia?

Aquella mirada me desvaneció... dejé maquinalmente caer la punta de la cortina, y para llegar á donde me esperaba mi amigo, tuve que apoyarme á cada paso en la pared.

Pero como en las imaginaciones juveniles es toda idea transitoria, despues de poco olvidamos hasta el objeto que nos reunía en aquel sitio.

Dieron, sin embargo, las diez de la noche, hora que en las capitales de provincia es la del silencio y el descanso, y empezó á oírse en la capilla un vocear acompasado y lúgubre, que nos heló el corazón, quitándonos el placer de los divertimientos propios de nuestra edad.—Recuerdo perfectamente que empezamos á hacer conjeturas sobre el motivo que podría obligar al sacerdote á hablar con mas esfuerzo, y recuerdo tambien que no encontramos uno que nos satisficiera de todo en todo.

Aunque esta introduccion es por casualidad una ojeada retrospectiva sobre una página de ese libro tétrico y monótono que se llama historia de mi vida, extrañará el lector que descienda con placer á ciertas trivialidades que parecen de poca monta; pero al desmenuzar los recuerdos de la infancia, al hacerlos pasar por el tamiz de la memoria, se suele encontrar en ellos tanta belleza, un sabor tan dulce y cándido, que el alma goza en aspirar ese aroma puro, como gozan las mugeres en los recuerdos de sus amores.

Ahora que veo las cosas por un prisma menos seductor, paréceme extraño no haber comprendido entonces que si la voz del ministro del Altísimo vibraba con mas fuerza sería probablemente porque, habiendo oído el infeliz reo las diez de la noche en el reloj de la cárcel, comprendería que á igual hora de la mañana siguiente dejaría de existir, y esta reflexion tal le debió poner que el sacerdote pensara encaminar las suyas á un autómatá.

Para librarnos de aquel tétrico clamor que así nos entristecía, refugiámonos mi amigo y yo en la habitación del alcaide, y como ni aun allí pudiésemos desechar las tristes ideas que nos preocupaban, llamó J.... á su asis-

tente, soldado viejo y de buen humor que daba puñetazos á diestro y siniestro al hablar de sus batallas, y tan entusiasmado de los generales á cuyas órdenes había servido, que al leer un dia en un periódico una composicion poética en que yo cantaba la gloria de uno de ellos, me fué á buscar sin conocerme, y me dió un abrazo que recordaré mientras viva.

Gozaba de grande fama el asistente entre sus compañeros, no solo por su antigüedad en el servicio, pues había cumplido y reenganchádose varias veces, sino tambien por el aire de inteligente superioridad que sabía tomar en algunas circunstancias.—Estaba ademas acreditado á balazos, y nadie osaba poner en duda su valor; lo que dá mucha preponderancia al soldado entre sus camaradas.

II.

Historia del sargento novelista.

Era Nicanor—que así se llamaba el asistente—un macizo cazador de hasta siete lustros, de fisonomía brusca, pero agradable, de ademanes toscos, pero moderados y sobre todo de una facundia sin par para esto de historietas y cuentos de soldados. Debía tambien á la naturaleza el arte de hacer reir sin afectacion, que, unido á su proverbial donaire, y un no se qué de melancolia que incrustaba, por decirlo así, en todas sus narraciones, me trasportaba oyéndole á la época en que los religiosos ó los eruditos iban al azar buscando por veredas y enrequejadas los anecdotas de las aldeas, tradiciones vivientes que sirvieron despues para escribir la historia.

Le hablamos rogado que nos contase una de amores, ó algo que nos entretuviese mientras el sueño nos acometía; pero él, despues de reflexionar un rato, comenzó á menear la cabeza.

—¿Qué!—¿no te acuerdas de ninguna?—le pregunté.

—Ya os las he contado todas, señoritos—me replicó.

Y no menta seguramente; porque á cada instante poníamos á contribucion su repertorio.

—Pues es preciso pasar el rato de alguna manera,—insistí.—Este sitio no tiene nada de agradable y nadie mejor que tú puede distraernos.

—Harto sé lo que en una cárcel se entristece uno, y de mí sé decir que, como hace mucho tiempo he perdido el buen humor que tenía, siempre aprendo algo cuando á ella vengo.

—¿Tan dado eres á la observacion?

—No es por gusto, no. Es—prosiguió con su acostumbrado aire melancólico—es porque las cárceles me recuerdan una historia muy terrible.

—¿Una historia, y callada la tienes!—le interrumpió mi amigo.

—¿Ay señorito! así como los recuerdos dulces,—el de una batalla en que uno no ha sido herido por ejemplo—recrean el ánimo y allanan la imaginacion, los que están empapados en sangre—como este;—y dió un suspiro—dejan, al despertarlos en la memoria, una huella dolorosísima que no es fácil de borrar.

—¿Tonterías!—esclamó mi amigo.

Yo callé porque me pareció un sacrilegio levantar el sudario de olvido que cubria aquella historia.

—Cuéntanosla,—prosiguió—con su acostumbrada veleidá su amo.

Nicanor parecia arrepentido de haber hablado de aquello, y estaba meditando.

—¿Para qué?—dije yo entonces queriendo sacarle de su embarazo;—¿qué nos importa á nosotros de una historia triste, y para qué nos serviría ademas en una noche como esta?

El asistente me agradeció mi mediacion con una mirada en que creí entrever una lágrima.

—Pero si no sabe otra,—añadió su amo,—que nos la cuente....

—No, no: sería abusar....

—¿Qué abusar! ¡Bueno es eso!—Nicanor, cuéntala.

—¿Pero, señorito...!

—Cuéntala y dejate de bromas.

—Es muy larga....

—Mejor que mejor.

—Apenas con una noche bastaría....

—¿Bravísimo!

—Pero, hombre....—habuceé, deseando en mi inte-

rrior—debo confesar mi flaqueza,—que el pobre asistente se viera obligado á obedecer, aunque fuese á la fuerza.

—¡ Dale! —esclamó J....—Nicanor, al caso. Yo quise interponerme todavía; pero mi amigo repuso un tanto enfadado:

—¡ No faltaba mas! El asistente dobló la cabeza, enjugó el sudor que inundaba su rostro y esclamó:

—Sea, pues, si así lo quieren vds.; pero no contaré aunque me maten la historia de mis amores, que es la que aludo, sino la de un pobre sargento amigo mio que la escribió. Despues, traeré á vds. el manuscrito que conservo.

Reunímonos, pues, en torno suyo, y ni un momento le concedimos para coordinar sus ideas.

Así comenzó Nicanor. —Durante la guerra última sucedió cuanto Rodriguez ha escrito en esos papeles. Amaba á su obra, tanto como á mí, que soy el héroe de ella, y nunca hubiera venido á parar en mis manos á no encargarse la muerte de contrariar sus gustos. El vacío que dejó en mi existencia la falta de mi amigo, poco tiempo despues de haber perdido para siempre á Lucía, me ha trocado de alegre en taciturno, de afable en seco, descontentadizo y brusco.—¡ Rodriguez murió por mi causa! ¡ Lucía me ha abandonado por mi culpa! siempre que la idea de la justicia humana ó de la divina me asalta á la imaginación, padezco tanto, que, no sé como no me vuelvo loco.

Calló un momento el asistente, y luego con aspereza, como avergonzado de su debilidad, prosiguió:

—En la última accion que se dió en Navarra antes del famoso convenio, nos habíamos batido Rodriguez y yo como desesperados. Mi compañía estaba cercada por un regimiento enemigo, que nos iba acorralando junto á un puenteillo de dos ojos adonde dirigian sin cesar sus tiros las baterías facciosas colocadas en una eminencia. Nuestra situación no podía ser mas apurada: sólo nos quedaba el recurso de morir matando. Todos los oficiales habían caído y el desaliento empezaba á cundir en nuestras filas. Busqué con la vista á Rodriguez, que un momento antes se ocupaba en animar á todos, y juzguen vds. de mi sorpresa al ver su puesto vacío: corrí á informarme de cuantos á su inmediación se hallaban, y ninguno supo darme razon de él. Túvele por muerto, y desde aquel instante no volví á pensar en defender mi vida. Me dirigí solo, con el fusil terciado á la entrada del puente, destrozado ya por las balas de cañon, seguro de que muy pronto conseguiría mi desecho. Ojalas zumban en torno mio, me enderezaba para presentarlas mayor blanco.... ¡todo en vano! Decidido estaba ya á poner yo mismo fin á mis dias, cuando á pocos pasos de mí, detrás de un trozo de la fábrica del puente, ví flotar un plumero encarnado, que al punto reconocí por el de Rodriguez. Arrastrándome con cautela, porque ya tenía la muerte, logré reunirme con él, y ¡ojalá que antes de conseguirlo hubiera espirado! —Encontré á mi amigo agazapado detrás del poste, tiritando, con los ojos desecados y dando visibles muestras de una enagenación mental. En vano le pregunté mil y mil veces porque le hallaba en aquella situación; sus respuestas eran monosílabos casi ininteligibles. Por último llegué á comprender mas por sus ademanes que por sus palabras que había presenciado su última hora y quería huir de su destino. Entonces no pude contenerme, y agarrándole por un brazó con todas mis fuerzas, esclamé:

—Hasta ahora no había yo conocido que el sargento Rodriguez es un cobarde.

La única respuesta fué un signo negativo. Volví á apostrofar con mas colera, y viendo en fin que no lograba traerle su deber á la memoria, asile por el cuello de la casaca, poniéndole de pie:

— Ven — le dije, — si Dios quiere que mueras moriremos juntos.

En esto nuestros soldados habían intentado abrirse paso por entre las filas enemigas: una nube de balas los acababa de diezmar, y una de ellas hirió en mitad de la frente á mi pobre amigo, en el mismo instante en que yo lo arrancaba por fuerza de su parapeto. Ni una queja, ni una injuria para mí salió de sus labios. Cayó en tierra con el cráneo destrozado, murmuró solamente:

— ¡ Bien lo sabia!... los presentimientos no engañan!... — ¡ Voy á morir! ¡ A Dios!... Aquí en mi mochila... guárdalo... guárdalo mientras vivas....

Un momento despues solo estrechaba entre mis brazos un cadaver. Cuando exhaló el último aliento, me pareció que también me faltaba el roío, y caí exánime á su lado.

..... Cuando volví en mi acuerdo me hallaba prisionero de los facciosos, y tenía entre las manos el ensangrentado manuscrito de la historia de mis amores, que guardaba en su mochila mi pobre amigo.

Notas. Aquella misma noche nos llevó Nicanor á la cárcel el manuscrito á que se refería; escrito todo por el sargento, y empapado en su sangre. Al separarse de él para entregárnoslo, respiró con fuerza, como si le hubiesen quitado de la conciencia un remordimiento.

— ¡ Pobre Rodriguez! — balbuceó — ¡ yo fui su verdugo! ¡ yo he sido el asesino de cuantos he amado!

El estilo fácil, sencillo, y casi pastoral, y la forma de novela en que estaba escrita, me aficionaron tanto á esta historia, que, á trueque de estropearla resolví escribirla á mi modo, y apropiármela. Quiero, pues, espiar la mala tentación en que he caído, deplorando aquí la suerte del sargento novelista. Un manuscrito libró á Chateaubriand de una bala republicana. Por culpa de una bala realista ha llegado á mi poder otro de un hombre desconocido. Aquella nos legó un genio.... ¡ quién asegurará que esta no nos lo haya robado? ¡ Pobre Rodriguez! Solo Nicanor le lloró diez años mas tarde quizá le hubiera llorado toda España.

VICENTE BARRANTES.

(Continuad.)

GEROGLIFICO.



q. el



LA PECADILLA.

PANICIA CAVICULAR

INTRODUCCION.

¡ Qué fuego! Es la panícula. El aire denso y calido de la cargada atmosfera no templé el seco ardor:

y en vano el cuerpo lánguido con ansias mil inútiles hallar quiere benéfico reposo ni frescor. Ya es alta noche: lúgubre silencio reina: el animo me nervs. supurifero cansancio... ¡ qué calor! ¡ Ah! me vindio por último el sueño; mas mi espirito se ágita entre quiméricos incógnitos con pavor

á impulso del maléfico canicular sopor.

I.

Qué es esto? De vapores la atmosfera cargada sobre mi frente pesa; la siento en derredor en raudó remolino rodar arrebatada, prensándome las sienes con infernal dolor. Qué es esto? Deliro? Qué espíritu horrendo

suspense en los aires me eleva tras sí?
 Miestrecha garganta se vá comprimiendo:
 no veo, no siento, no aliento. ¡Ay de mí!
 Esto es que el fin de mi existencia toco:
 esto es sin duda que se muere así,
 la última idea en el cerebro loco
 girando en espiral, que espira en sí.
 Esto es ¡ay! que arrojado en el viento
 á su nada el espíritu vá;
 y anudado en el último aliento
 nuestro cuerpo arrebatado quizá.
 Sin duda, eso es: y yo espiro
 rodando en el aire á la par
 lanzando el estremo suspiro,
 lanzado sin fin á rodar.
 Sí, voy rodando en el viento
 condenado hasta espirar,
 tan horrible movimiento
 á seguir y á no parar.
 Y en giro interminable
 rodando sin piedad,
 caeré en la inmensurable
 sombra eterna.

Se irá enrareciendo
 el aire tal vez,
 y yo iré cayendo
 con mas rapidéz.
 Cual hoja suelta
 que lleva el viento,
 á cada vuelta
 voy mas violento:
 casi no siento
 como las doy.
 Ciego, desmayo
 ya como el rayo
 rápido voy.

Ya no siento
 como giro:
 ya no hay viento
 en mi redór.
 No respiro;
 veo que espiro:
 ya es mi aliento
 vago, lento,
 violento
 como último
 estertor.
 Ya ruedo
 sin tino:
 ni puedo
 camino
 buscar,
 ni sé
 si acaso
 podré
 mi paso
 parar.
 Ya vago
 perdido.

Su lago
 el olvido
 me tiende
 al pié:
 y en vano
 me afano;
 no hay tino,
 ni hay mano,
 que ayuda
 me dé.

Sin duda
 caeré:
 lo creo,
 lo sé.
 Lo veo;
 mi sino
 tal fué.
 Cierto,
 sí;
 yerto
 voy,
 caí.
 ¡Muerto
 soy!
 nada
 hay
 aquí
 ¡Ay!
 Fui.

II.

¡Jesus! Qué es esto? ¿Dónde estoy, Dios mio?
 ¿Qué vértigo letal me trastornó?
 Mi fatigado cuerpo aun tembloroso
 bañado siento de mortal sudor.
 Impetuoso y rugiente torbellino
 por el vacío me llevaba en pós,
 en remolino rápido rodando
 cual átomo que arrastra el Aquilon.
 Hirviente mar de cenagosas ondas
 me esperaba al caer: denso vapor.
 me quitaba el aliento y los sentidos.
 Di al fin en aquel mar, y me sorbió.
 La bóveda ondulante de sus aguas
 cerróse sobre mí con lento son,
 y en su bullente inmensidad oscura
 la negra eternidad comprendí yo.
 Pero soñaba sí: tocan mis manos
 mi lecho: sueño fué. ¡Gracias á Dios!
 era una fatigosa pesadilla
 de una noche de julio: ya pasó.

¿Qué hora será? Por los cristales creo
 que percibo del alba el resplandor.
 La luz despejará mi fantasía:
 la luz serenará mi corazón.

III.

Yá
 lento
 viento
 soplo
 blando
 dando
 vá.
 Parda
 nube
 tarda
 sube,
 Tinta
 roja
 pinta,
 y da
 al cielo
 fulgor
 y al suelo
 color.
 La niebla,
 que puebla
 la hueca
 region,
 se trueca
 ahogada
 en lumbre
 rosada,
 que dora
 la cumbre
 del verde
 peñon.
 La brisa
 sonora
 se pierde
 indecisa,
 y suave
 su son
 al ave
 levanta,
 que canta
 canora
 la aurora,
 que estensa
 colora
 la inmensa
 creacion.
 Yá amanece;
 la luz vaga
 segun crece
 desvanece
 los alientos
 de vapor
 que la noche
 que ha pasado

ha dejado
 en derredor.

La tierra entera
 saluda al día
 con la hechicera
 grande armonía,
 que en diferentes
 puros acentos,
 á su arrebol
 alzan contentos
 árboles, fuentes
 aves y vientos,
 alborzados
 con los dorados
 rayos nacientes
 del nuevo sol.

Ya entero su disco
 se vé en el espacio.
 El valle y el risco,
 la choza, el palacio,
 la corte, el aprisco
 bañó su esplendor.
 Y ardiente cruzando
 la raja entreabierta,
 y al hombre llegando
 le dice: «Despierta,
 bendice al señor.»

Por rejas, miradores,
 postigos y terrosos
 sus mil respiraderos
 franquea la ciudad.
 Ya parten los obreros,
 ya van los labradores,
 y bajan los pastores
 al llano y los oteros,
 do tienen sus labores,
 ó el pasto mas feráz.

Ya por las abiertas rejas
 do quier se vé á las mugeres
 sus domésticos quehaceres
 oficiosas emprender:
 y aumenta el ruido, y se escucha
 de los hombres el acento,
 y se estiende el movimiento
 de la vida por do quier.

Reflejan al sol los tejados
 de fresco rocío mojados:
 inunda las calles la luz.
 Caballos y carros que cruzan
 por entre la gran multitud,
 el polvo al pasar desmentizan
 doblando el rumor é inquietud.
 Ya se vuelve el martillo y la sierra
 y la voz del que vende á escuchar;
 y otra vez desvelada la tierra,
 el silencio y la calma destierra,
 y otro día comienza á pasar,
 Ya en luz el Universo resplandece.
 La noche entre sus nieblas arrastró
 los sueños con que el alma desvanece,
 y la sangre en las venas enardece,
 y el aliento sofoca y entumece
 los miembros del que insomne se agitó.
 Las vanas quimeras del sueño mi mente
 en pos de las sombras nocturnas lanzó,
 y libre y sereno mi espíritu siente
 que nuevo y fecundo raudal imponente
 de fé y poesía la luz le inspiró.
 Mi lengua desatada prorrumpie en armonía,
 la inspiracion arrastra mi corazón en pós,
 y encima de los rayos del sol del nuevo día
 eleva bajo formas de fácil poesía
 mis preces matutinas al sempiterno Dios.

IV.

Señor, yo te conozco; tu omnipotencia creo.
 Lo mismo en las tinieblas ceatellear te veo
 Que al estender el alba su espléndido arrebol.
 Tu faz ante mis ojos do quiera resplandece.
 Señor, yo te bendigo cuando la noche crece:
 Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol.

J. ZORRILLA.